



Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades

ISSN: 0188-9834

noesis@uacj.mx

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
México

Savarino, Franco

Algunas consideraciones sobre la revolución fascista

Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, vol. 20, núm. 39, 2011, pp. 38-56

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Ciudad Juárez, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85920910003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Some considerations on the fascist revolution

Abstract

Long considered as a “counter” or non-revolutionary phenomenon, Italian Fascism (1919-1945) is now increasingly recognized as an authentic form of modern revolution. Born in the framework of the national revolutions of the early twentieth century (China, Mexico, Turkey), the Fascist revolution is still in the furrow opened by the French in 1789 and establishes a new paradigm, alternative to the Russian Bolshevik revolution of 1917, combining socialism and nationalism. Here we explore some of the factors that determine the membership of fascism to the family of modern revolutionary phenomena.

Key words: Revolution, Fascism, Socialism, Italy.

Resumen

Considerada por mucho tiempo como una “contrarrevolución” o un fenómeno no-revolucionario, el fascismo italiano (1919-1945) es hoy cada vez más reconocido como una forma auténtica de revolución moderna. Nacida en el marco de las revoluciones nacionales de comienzos del siglo XX (China, México, Turquía), la revolución fascista sigue en el surco trazado por la francesa de 1789 y establece un nuevo paradigma, alternativo a la revolución bolchevique rusa de 1917, en el marco de una combinación de socialismo y nacionalismo. Aquí se exploran algunos de los factores que determinan la pertenencia del fascismo a la familia de los fenómenos revolucionarios modernos.

Palabras clave: Revolución, Fascismo, Socialismo, Italia.



Algunas consideraciones sobre la revolución fascista¹

Franco Savarino² (ENAH-INAH)

¹ Este artículo se fundamenta en la primera parte de mi ponencia “La revolución nacional en Italia. El fascismo en perspectiva”, presentada en el XII Congreso Internacional de Historia Regional (Ciudad Juárez, 28-30 de octubre de 2009).

² Doctor en historia por la Universidad Nacional Autónoma de México y por la Universidad de Génova (Italia), profesor-investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (México, D.F.). Correo de contacto francosavarino@gmail.com

Preámbulo: ¿qué son las revoluciones?

La palabra “revolución”, al comienzo del siglo XXI, evoca imágenes encontradas con fuertes claroscuros. El estrepitoso fracaso histórico de los experimentos revolucionarios, derivados de las doctrinas socialistas ensombreció el significado moral, anteriormente neutral o benigno de la palabra.² En el siglo XIX era aun posible referirse a las revoluciones, en la senda de la americana de 1776 o de la francesa de 1789, como un fenómeno de cambio político con consecuencias al fin y al cabo positivas para el “progreso” sociopolítico. Era viable ver a muchas revoluciones como eventos liberadores en el camino optimista hacia un “mundo mejor”. Después de 1991, al cerrarse definitivamente el mortífero capítulo de la revolución rusa, y al trazarse un balance general eminentemente negativo o ambiguo de las principales revoluciones del siglo XX, se ha consolidado una visión predominantemente crítica o negativa del fenómeno revolucionario, por lo menos en referencia a las revoluciones más radicales e ideológicas.³

Aquí hay que destacar dos elementos fundamentales de este cambio de percepción.

En primer lugar, la *vuelta del uso extensivo de la palabra* desde la atribución a las revoluciones políticas moldeadas sobre el prototipo francés, hasta incluir revoluciones de otra índole y características. Piénsese por ejemplo a la revolución islámica de Irán (1979), que deriva más bien de una tradición islámica del Medio Oriente.⁴ O en la

2 De hecho, *fuera del campo político*, la palabra “revolución” aún mantiene un significado positivo. Piénsese por ejemplo en la “revolución informática” y, en general, en las “revoluciones” tecnológicas y científicas. También se habla de “revolución” en tiempos más antiguos, por ejemplo la “revolución cristiana”.

3 Algunas ideas expuestas en este ensayo son tratadas más ampliamente en Franco Savarino, “Una revolución *sui generis*. El fascismo italiano”, en Pantoja, José, Alejandro Pinet, María Xóchitl Domínguez (coords.). (2010). *La Revolución Mexicana y las revoluciones modernas. Los historiadores y la historia para el siglo XXI*. México: ENAH, ENAH- Conaculta- AHCALC, 111-142.

4 En la historia de los pueblos islámicos las revoluciones son recurrentes, generalmente se trata de rebeliones populares contra monarcas o gobernantes vistos como ilegítimos. Una de las más famosas fue la revolución Abbasi (750 d.C.), que llevó a la caída de la dinastía Omeya de Damasco.

“revolución de terciopelo” en Checoslovaquia (1989) y las recientes “revolución rosa” de Georgia (2003) y “revolución naranja” de Ucrania (2004), todas no-violentas y democráticas. Cabe señalar también las recientes “revoluciones árabes” de 2011 (Túnez, Egipto, Siria y Libia), cuya extensión y significado aún está por determinarse y parecen, al momento, tendencialmente democráticas. Estas últimas revoluciones desafían el supuesto de que una revolución conlleva necesariamente un gran derramamiento de sangre y se mueva en el cauce de ideologías o religiones que apuntan a una palingenesia radical. De hecho, la mutación en el uso de la palabra “revolución” hoy parece, en ciertos aspectos, como una vuelta del “viejo” significado, en uso desde la antigüedad hasta el siglo XIX.

En segundo lugar, la *desmitificación del paradigma revolucionario*. Palabra en su momento envuelta en un halo mágico, “revolución” pierde hoy en gran medida su fama prodigiosa. Resulta ya imposible encontrar intelectuales, estudiantes y políticos pronunciar extasiados esta palabra. El mensaje redentor contenido en esta expresión ya no convence, no inspira, no alienta los sueños y no puede ser tomado en consideración de manera ingenua. Ya no hay excusas. Las consecuencias destructivas, sombrías o decepcionantes de muchas revoluciones son bien conocidas y sabemos que las vías hacia el infierno están pavimentadas con buenas intenciones (suponiendo que todos los revolucionarios estén “bien intencionados”). Si de “revoluciones” se sigue hablando hoy, es para referirse simplemente a las movilizaciones que cambian un orden político, no a eclosiones mesiánicas que buscan construir utopías y terminan produciendo atroces desengaños.

Uno de los motivos más importantes de este cambio perceptivo alrededor de las revoluciones es el fin de la “hegemonía” marxista en el campo político e intelectual. En el marco de ésta, durante mucho tiempo se nos hizo creer que las revoluciones “auténticas” del mundo moderno serían solamente las que preparaban el advenimiento de la revolución socialista y del comunismo. Tenían que ser precursoras en la fase precapitalista o burguesa, y proletarias, democráticas o genéricamente “sociales” en las fases más avanzadas. Ríos de tinta fueron derramados para determinar si ésta o aquélla revolución cabía en este

esquema ideológico, enfatizando el rol de las clases sociales, determinando la disposición de las fuerzas económicas, y calculando el grado de protagonismo de los sectores populares. Se podrían introducir elementos étnicos y nacionales, “burgueses” y modernizadores, y tomar en cuenta el período histórico o la posición geográfica, pero el *telos* era el mismo y el contenido de una revolución tenía que ser necesariamente socioeconómico.

En este contexto resultaba problemático incluir en la categoría de “revolución” a todas aquellas conmociones sísmicas de la sociedad que no tenían una clara descendencia de los ejemplos paradigmáticos, es decir, que no llevan al derribo violento de una clase social dominante en una atmósfera de agitación colectiva para cumplir con las metas soteriológicas de igualdad y libertad anunciadas por los líderes o que, aparentemente, no provocaban cambios sustantivos en la estructura económica.⁵ En pocas palabras y simplificando, para la Vulgata marxista las revoluciones auténticas y paradigmáticas tenían que ser las francesas de 1789 y 1871, y la rusa de 1917, así nos aseguraban los mandarines intelectuales hechizados por la utopía soviética.⁶

Por otro lado, cualquier elemento o fenómeno que entorpeciera o contrarrestara la marcha inexorable hacia el socialismo era etiquetado

5 La *revolución americana* (1776) y la *revolución mexicana* (1910) por ejemplo, juzgadas *–mutatis mutandis–* por algunos como insuficientes, confusas, extraviadas o inconclusas por no cumplir cabalmente con los supuestos objetivos igualitario-liberatorios que debería tener toda revolución, es decir, por no emancipar a los esclavos en un caso, o no rescatar a los subalternos en el otro. Consideraciones análogas se suelen hacer para las revoluciones de independencia de América Latina. Sobra decir que las críticas de esta índole generalmente son anacrónicas, además de poco científicas. Si reconocemos un *minimum* de cambios repentinos ante todo políticos, cada época expresaría un modo específico de manifestación revolucionaria,

6 François Furet ha escrito páginas notables sobre el espejismo de la revolución francesa, su aparente reencarnación en la revolución rusa y la difusión entre los intelectuales de un culto para ambas que raya en el fetichismo. [Furet, François. (1995). *El pasado de una ilusión*. México: FCE]. Una de las consecuencias de la “gran desilusión” por las revoluciones a finales del siglo XX, es justamente el abandono de una valoración moral axiomáticamente positiva (o negativa), a favor de una evaluación más ecuánime, lo que permite examinar los sucesos revolucionarios en sus luces y sombras, con todas las ambigüedades que éstos implican, y reformular de este modo la semántica misma del concepto.

como “contrarrevolucionario” o simplemente no-revolucionario. Aquí encontramos una explicación de por qué el fascismo –revolución nacional no-clasista o interclasista- “no encajaba” dentro de la fenomenología revolucionaria “legítima”. A pesar de haber nacido del socialismo clásico, el fascismo había tomado pronto un rumbo autónomo y se había vuelto, para los años veinte del siglo pasado, un rival formidable del bolchevismo ruso y de los socialismos que permanecían anclados a la matriz marxista o se movían hacia la socialdemocracia. El fascismo fue una herejía del socialismo, no un engendro del liberalismo o del conservadurismo, y no fue “de derecha”, más bien ocupó el *centro* del campo político. La negación del carácter revolucionario del fascismo (desde Gramsci hasta Hobsbawm) ha sido un error garrafal de interpretación, que sólo es superado por la investigación científica en estos últimos años.

Finalmente, -dejando atrás de una vez por todas los estereotipos marxistas- tenemos que llegar a la pregunta ¿qué son las revoluciones? No es el caso aquí de extenderse demasiado sobre la extensa discusión que se genera sobre este concepto. Entre los numerosos autores que se podrían citar, Gianfranco Pasquino define a la revolución como: “La tentativa de derribar a las autoridades políticas existentes y de sustituirlas con el fin de efectuar profundos cambios en las relaciones políticas, en el ordenamiento jurídico-institucional y en la esfera socioeconómica” (Bobbio, 2002). Emilio Gentile, por su lado, define a la revolución como: “La movilización de una masa social ajena a la vida política, guiada por una élite emergente que no acepta los valores y la autoridad de la clase política que detenta el poder, contesta el sistema (político y/o social) y conquista el poder con la voluntad de crear un régimen nuevo” (Gentile, 2002: 113- 114). Al buscar una definición lo más incluyente y extensiva posible para una familia de fenómenos con características heterogéneas, podríamos considerar esta:

las revoluciones son cambios sustantivos y repentinos, generalmente acompañados por cierto grado de violencia, del orden político, social e ideológico vigente, con una movilización (amplia o parcial) de masas populares y con un dramatismo característico en donde predomina la

emoción de la novedad, el ansia de la “libertad” y la aspiración a un “nuevo orden” de cosas.

De hecho, toda formulación del concepto de “revolución”, como las demás que circulan en las Ciencias Sociales, tiene límites borrosos y tiene cierto grado de imprecisión, además está influida por sesgos partidistas e ideológicos que pueden llegar a oscurecer el rigor científico de la categoría. El uso de adjetivos puede esclarecer el subgénero de pertenencia de cada revolución: social, política, cultural, nacional, generacional, etc., siendo posiblemente la “política” el tipo “central” y paradigmático de referencia, al traer el mayor número de consecuencias también en otros órdenes y dimensiones de la sociedad (finalmente, pues, el hombre es, sobre todo, un *Zoon politikon*).

Las Revoluciones nacionales y el carácter revolucionario del fascismo

Entre las revoluciones políticas, las “nacionales” han sido de especial importancia en los últimos dos siglos. Se refieren al concepto de “nación” que es típicamente moderno y se manifiesta en todo el mundo, acompañando la expansión occidental, desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días. Nacionales fueron por ejemplo, en el siglo XX, la revolución mexicana (1910-1917), la revolución turca (1923-1938), la revolución nacionalista china (1911-1928) entre otras. Estas revoluciones, siendo “nacionales”, apuntaban específicamente a solucionar los problemas de la formación y *status* de cada nación, no pretendían lanzar una proclama al mundo para plantear un cambio global. Única en este sentido fue la *revolución fascista italiana* (1919-1925), que fue acompañada por el surgimiento de una ideología y de un régimen, el *fascismo*, que se anunciaba como una nueva fórmula de cambio general válida también fuera de Italia.⁷ La revolución fascista italiana con-

⁷ Las opiniones de los investigadores difieren en cuanto a considerar el fascismo un fenómeno “genérico” o bien resaltar el caso italiano como el único fascismo auténtico. Aquí me referiré especialmente al *fascismo italiano* que considero un modelo prototípico, aun si reconozco -junto con muchos otros investigadores- las multiformes manifestaciones

tinuaba el impulso nacionalista del siglo XIX, el *Risorgimento*, igual que la mexicana proseguía en la senda nacionalista de la *Reforma* y la lucha nacional contra la invasión francesa. La comparación con la mexicana es especialmente útil para determinar los alcances y características del fascismo, respecto a un nacionalismo “clásico”, como fue el mexicano.

La cuestión del carácter revolucionario del fascismo durante mucho tiempo fue condicionada por un enfoque interpretativo *ideológico*. Éste se vincula ante todo al marxismo, que —como mencioné anteriormente— excluye de la categoría de “revolución” a todo suceso que no encaja en el esquema evolutivo hacia el comunismo. A esto se suma la actitud belicosamente anti-fascista asumida por la Tercera internacional en los años veinte-treinta y durante la Segunda guerra mundial por la URSS, con la breve interrupción del Pacto germano-soviético de 1939-1941. Según estos planteamientos el fascismo no era más que la dictadura abierta de la burguesía, contrarrevolucionaria y enemiga del proletariado. Por su lado, también los liberales, especialmente desde los años treinta en adelante, adoptaron una visión militante y reduccionista. Aquí el fascismo era visto como una forma de tiranía populista surgida en tiempos de crisis, donde se enfatizaba el rol carismático de los líderes y los aspectos despóticos de los regímenes, al negar o tergiversar su arraigo de masas y su alcance ideológico. Los católicos por su lado veían en general al fascismo como una divinización pagana del Estado y de la nación, contraria a las enseñanzas de la Iglesia, aunque en muchos aspectos menos “maléfico” que el comunismo. No es el caso de revisar aquí las refutaciones a estas visiones unilaterales y militantes, simplemente considero que han de ser excluidas de una discusión científica. Las actitudes ideológicas presuponen un *a priori* arbitrario a la investigación, amén de

internacionales del mismo en tanto filosofía y experiencia política de largo alcance (la variante nacionalsocialista alemana se suele considerar atípica, *sui generis*). Los orígenes del fascismo, de todos modos, son italianos y deben ser estudiados ante todo en Italia, como advierte Vivarelli (1991: 29- 43): “Los orígenes del fascismo deben de estudiarse *in situ*, es decir en Italia, y deben ser comprendidos ante todo dentro del contexto de la historia italiana”.

los corolarios moralistas que conllevan y, aun más grave, de los errores interpretativos que generan.⁸

Para abordar el tema del fascismo en una perspectiva científica, tenemos entonces que desechar de antemano las interpretaciones militantes y sectarias (aunque vengan disfrazadas como académicas), y abandonar el modelo referencial único de las revoluciones socialistas, comunistas o anarquistas (Bracher, 1983). Asimismo, es preciso estudiar al fascismo, “igual que el socialismo y el liberalismo”, en su aspecto ideológico (Eatwell: 15- 45). En fin, si es cierto que -como escribe Ugelvik Larsen- el investigador se mueve “en una comunidad nacional” específica que tiene sus prejuicios y referencias “morales” y “no puede ser llevado completamente fuera de contexto”, tampoco es aceptable que se deje condicionar por imperativos o exigencias que se sitúan más allá del propósito cognoscitivo de la investigación científica (Larsen: 705- 818).⁹

Además aun sin considerar las actitudes anímicas subyacentes, los viejos enfoques ideológicos limitaban demasiado el concepto de revolución a los factores *económicos* y *sociales*. Consecuentemente el fascismo, que no elaboró una propuesta económica fuerte -aunque suscitara en su momento un gran interés internacional, el *corporativismo* no destacó y no fue adoptado universalmente por los diversos fascismos, quedando como una opción dentro del pragmatismo ecléctico fascista-¹⁰ y no tuvo un perfil sociológico (de clase) bien

8 Un buen resumen de estas interpretaciones (con un examen crítico de los prejuicios ideológicos) se encuentra en Gregor, James. (1997). *Il fascismo. Interpretazioni e giudizi*, Roma: Antonio Pellicani.

9 Larsen se refiere a los factores condicionantes político-culturales sobre el análisis histórico, y acepta que puedan admitirse estos factores. Mi opinión al respecto es que el científico social no puede claudicar delante de presiones o elementos de esta índole, so pena de ver afectado su rigor y seriedad científica.

10 El corporativismo, elevado a modelo socioeconómico del fascismo, en realidad no fue tan central para un régimen que era -en el campo de la economía- eminentemente pragmático. Por ello, el sistema corporativo tardó muchos años en realizarse y solamente en 1939 llegó a completarse con la fundación de la “Camera dei Fasci e delle Corporazioni”, que sustituyó al viejo Parlamento. Fue importante, sin duda, para integrar una vertiente económica en la ideología fascista, para que ésta consolidara su carácter de “tercera vía” entre liberalismo y marxismo. En fin, el corporativismo existía antes del

reconocible, no estaba en condiciones de entrar en la categoría. Un último factor de exclusión, aunque paradójico si lo confrontamos con la Vulgata que nos presenta a un fascismo excesivamente destructivo y cruento, es el exiguo grado de violencia ejercido por la revolución fascista, comparado con otras revoluciones. La escalada al poder del fascismo en Italia (1920-1925) y del nacionalsocialismo en Alemania (1930-1935) provocó una secuela de muertes y destrucciones (de 250 a 500 víctimas en el primer caso, algunos miles en el segundo) mucho menor de aquellas provocadas por la revolución francesa (alrededor de 250 000 muertos), de la revolución mexicana (400 000 muertos) y de la revolución rusa (nueve millones de muertos entre 1917 y 1921). El fascismo parece poco revolucionario precisamente porque no se ajustó a los parámetros destructivos “estándar” de una revolución moderna.¹¹ Para observar una escalada mortífera de los regímenes fascistas hay que desplazarse de la revolución a la guerra colonial e internacional, donde sí se producirá una gran cantidad de muertes y destrucción, pero la responsabilidad aquí se debe distribuir entre todas las partes en lucha y, más en general, se explica por el avance de la tecnología moderna (que posibilita, por ejemplo, la muerte instantánea de cientos de miles de personas con una sola bomba atómica). La guerra, de todos modos, es referible más a las

fascismo (en la doctrina social católica y en la teoría nacionalista) y fue compartido, en una variante autónoma con menores alcances teóricos, por el nacionalismo revolucionario mexicano. Inspiró además a los regímenes de Salazar en Portugal, Dolfuss en Austria y Vargas en Brasil. Finalmente, más que al corporativismo, el “modelo económico” fascista se refiere a la intervención del Estado en la economía para impulsarla sometiéndola a un criterio de progreso nacional. *Mutatis mutandis*, es algo parecido a lo que viene haciendo China desde las reformas de Deng Xiaoping.

- 11 Si consideramos solamente el período de paz y adoptamos la división establecida por De Felice entre “movimiento” (revolucionario) y “régimen”, constatamos que la fase revolucionaria del fascismo fue insólitamente incruenta y poco o nada destructiva en términos materiales. En Italia tampoco el régimen fue excesivamente mortífero: se ejecutaron “solo” 29 personas condenadas a muerte por razones políticas en veinte años (en su mayoría terroristas eslavos). Los disidentes generalmente eran confinados en pequeños pueblos bajo vigilancia (“confinó”). La idea de que una revolución debe necesariamente derramar mucha sangre es una *vexata quaestio* de los estudios sobre el fenómeno revolucionario.

rivalidades geopolíticas que tienen como protagonistas a los Estados, que a las ideologías en sí.¹²

Otro factor importante para entender el carácter revolucionario del fascismo, es su metamorfosis en el proceso de aproximación y consolidación en el poder. Me refiero a la cuestión de las alianzas políticas de acuerdo con la geometría de fuerzas en el campo político. El fascismo, como escribe convincentemente Zeev Sternhell, nace de una convergencia del socialismo “revisionista” con el nacionalismo.¹³ Esta componente nacionalista trae una visión trans-clasista, que apunta a la unidad y a la solidaridad del pueblo por encima de las divisiones de clases, apuntando a superar uno de los “males” producidos por la modernidad.¹⁴ Se trata, en otras palabras, de encontrar una fórmula política que facilite la integración de los sectores sociales excluidos o antagónicos en una comunidad solidaria y articulada orgánicamente en el Estado nacional. Sobre este punto fundamental Giuseppe Bottai, uno de los máximos intelectuales del Régimen, en 1922 escribe:

“Il Fascismo é portato a compiere l’inserzione immediata dei lavoratori italiani nella compagine formidabile di passioni e di interessi, di tradizioni e di avvenire, di sofferenza e di gioia che é la Nazione”.¹⁵

12 El imperialismo de Alemania, de Italia y de Rusia es anterior a la llegada al poder del nacionalsocialismo, del fascismo y del bolchevismo. El imperialismo ruso sigue existiendo hoy día después de la caída del régimen soviético. Por su lado, el imperialismo de Estados Unidos continúa sin interrupción desde finales del siglo XIX, por encima de los movimientos oscilatorios entre fases republicanas y demócratas. Los protagonistas de las guerras son los Estados, no las ideologías momentáneamente hegemónicas en éstos. Igual que la Primera guerra mundial no fue la guerra “del liberalismo”, la Segunda no lo fue “del fascismo”, “del comunismo” o “de la democracia”.

13 Cfr. Zeev Sternhell / Mario Znajder / Maia Asheri. (1994). *El nacimiento de la ideología fascista*. Madrid: Siglo XXI.

14 En el Antiguo Régimen aunque existían “partidos” y “facciones”, éstos eran vistos como un mal (división, sectarismo, egoísmo), frente al ideal del bien común, la solidaridad y la unanimidad del cuerpo social. El aprecio para algunos aspectos del Antiguo Régimen es, en el fascismo, una forma de autocritica desde la modernidad (la evaluación de lo positivo y lo negativo que ésta ha traído), no una actitud “reaccionaria”.

15 “El Fascismo es llevado a realizar la integración inmediata de los trabajadores italianos en ese conjunto formidable de pasiones e intereses, tradiciones y porvenir, sufrimiento

Más tarde (1925) el mismo Bottai reincide en el tema:

“ La massa del popolo é rimasta fuori dallo Stato; il Fascismo deve portarcela [...]. S'intenda bene che parlando di popolo non vogliamo creare una astratta entità piú o meno demagogicamente lusingatrice, ma intendiamo riferirci precisamente a quelle classi lavoratrici fino ad oggi estranee od ostili allo Stato, indifferenti all'interesse nazionale, trascurate e disprezzate dai partiti conservatori”.¹⁶

A pesar de las críticas implícitas y explícitas del fascismo a las fuerzas conservadoras, tradicionales y liberales (que no quisieron o no pudieron realizar la integración histórica del pueblo al Estado nacional), se producen lógicamente acercamientos y alianzas de éstas con los fascistas, porque en la coyuntura de la posguerra la anarquía y la división entre clases son vistas como la amenaza más grande a sus intereses y visión del mundo. Estos grupos heterogéneos compartían como enemigos (aunque por razones distintas), al socialismo clásico y, sobre todo, al *bolchevismo*.¹⁷

Las fuerzas “de derecha” y “de centro” –al considerar (erróneamente) el fascismo sólo como un movimiento radical de clases medias opuesto al proletariado socialista y al subestimar su coherencia ideológica- trataron de usar en diversas ocasiones el fascismo como un ariete anticomunista. Al hacer esto buscaron desactivar los componentes

y goce que es la Nación”, en Bottai, Giuseppe. (13 de agosto de 1922). “Doveri e responsabilità”, *Il Popolo d'Italia*.

16 “la masa del pueblo ha quedado fuera del Estado, el Fascismo tiene que conducirla hacia él [...]. Entiéndase que al hablar de pueblo no queremos crear una entidad abstracta más o menos demagógicamente atractiva, más bien nos referimos precisamente a esas clases trabajadoras que han quedado hasta hoy ajenas u hostiles al Estado, indiferentes al interés nacional, descuidadas y despreciadas por los partidos conservadores”, en Bottai, Giuseppe. (1 de diciembre de 1925). “I pochi e i molti”, *Critica Fascista*.

17 En la fase de transición a la dictadura (1922-1925) el Partido Fascista italiano gobernó –sin romper el marco constitucional- mediante una coalición de fuerzas heterogéneas, liberales y católicas que lo condicionaron. En 1923 se produjo el cambio más importante con la absorción en el Partido Fascista de los nacionalistas de la ANI (*Associazione Nazionale Italiana*). Cf. De Felice, Renzo. (1995). *Mussolini il fascista*. Torino: Einaudi, 6- 11 y passim.

“de izquierda” y frenar el ímpetu “jacobino” del fascismo infiltrándolo y condicionándolo. La preferencia pro-fascista de las derechas fue condicionada y efímera, pasó rápidamente a los regímenes militares y autoritarios, cuando se dio la oportunidad. En España, Rumania y Brasil por ejemplo los fascismos locales (Falange, Guardia de hierro e Integralismo) fueron completamente neutralizados o eliminados por las dictaduras autoritarias o castrenses (Franco, Antonescu, Vargas). En Portugal Salazar reprimió duramente al Nacional-sindicalismo fascista. En Grecia Metaxas estableció una dictadura pro-fascista sin el estorbo de un verdadero fascismo autóctono de importancia. En Italia y Alemania en cambio, donde sí se afirmaron los movimientos fascistas más fuertes, se produjo un equilibrio inestable que supuso un gran desafío para ambos regímenes. La “normalización” conservadora fue considerada por los jóvenes militantes y algunos intelectuales fascistas de varios países como un peligro tan real como el de la subversión roja, por ello hubo presiones para desatar una “segunda oleada” revolucionaria que barriera de una vez al viejo orden. Mussolini, quien actuaba con espíritu de *realpolitik*, a duras penas logró mantener al redil las huestes más radicales del Partido Fascista. Las aspiraciones revolucionarias, especialmente de los jóvenes, fueron frustradas por su política flexible que apuntaba a consolidar el poder fascista: “a través de un compromiso con las fuerzas tradicionales (económicas, políticas, institucionales), gracias al cual, consiguió reprimir y marginar a los componentes revolucionarios del fascismo” (Gentile: 109- 110).¹⁸

Un tercer factor, que ya se puede entrever en la cuestión de las alianzas, es la copresencia simultánea de diversas tendencias revolucionarias en un contexto determinado. El primero (1969) en sugerir que el fascismo fue una revolución paralela —o más bien rival— fue Jules Monnerot quien describió una situación de fuerte competencia entre fascismo y marxismo para fundar un nuevo orden de relaciones po-

18 Desde la segunda mitad de los años treinta la guerra contra la “barbarie”, el “bolchevismo” y la “plutocracia” (1935-1936; 1936-1939; 1939-1943) fue la salida para canalizar el ímpetu revolucionario de las jóvenes generaciones fascistas.

líticas (Monnerot, 1969).¹⁹ Más tarde (1976) Eugen Weber volvió a proponer el concepto de rivalidad:

“El fascismo, tildado con demasiada facilidad como contra-revolucionario, no es una contrarrevolución sino una revolución rival: rival de la [comunista] que pretendía tener la exclusiva del calificativo [...]. Para los fascistas, el comunismo no es una subversión que arremete contra el orden establecido, es un competidor en la escalada al poder” (Weber, 1976: 488- 531).²⁰

En años posteriores esta intuición fue integrada en diversas interpretaciones por varios estudiosos del fenómeno. En pocas palabras, en los años de la posguerra en Italia se activaron *dos revoluciones en competencia*, la fascista (socialista nacional) y la socialista clásica, ambas con el impulso de llegar al poder para transformar radicalmente a la sociedad italiana. En cierto sentido lo que ocurrió en 1920-1922 fue una guerra civil entre dos socialismos revolucionarios. A raíz de la experiencia italiana, propongo para la reflexión el problema de la *competición entre revoluciones distintas*, un problema que encontramos también en otros casos: en la revolución mexicana (carrancismo, villismo, zapatismo), en la revolución rusa (anarquismo, socialismo, bolchevismo) y en la revolución china (nacionalismo, comunismo). En algunos son revoluciones distintas entre sí, en otros casos se podrían más bien describir como variantes dentro de un mismo proceso revolucionario. La competencia simultánea de distintos procesos revolucionarios tiene que ser tomada en cuenta, si queremos entender los alcances y los límites de la extensión del concepto de revolución. Esto no excluye, desde luego, la existencia también de *contrarrevoluciones*, es decir de intervenciones para defender el orden existente de la amenaza revolucionaria. Por ejemplo la nobleza en Francia, los ejércitos “blancos” en Rusia y la élite económica y castrense del viejo régimen porfirista en México. El fascismo

19 Jules Monnerot, fallecido en 1995, fue un destacado sociólogo francés, quien señaló tempranamente el carácter de “religiones seculares” que tenían tanto el comunismo como el fascismo.

20 Eugen Weber, fallecido en 2007, fue catedrático de la Universidad de California.

en Italia no fue una contrarrevolución -aunque algunas fuerzas que lo apoyaron inicialmente creyeron o quisieron que fuera esto- porque promovió un proyecto político propio de cambios radicales mediante una extensa movilización de masas; por qué su genealogía se adscribe plenamente en la historia de las revoluciones europeas;²¹ y por qué sus protagonistas querían realmente hacer una revolución y, al llegar al poder, iniciaron cambios de alcance revolucionario, que tomaron por sorpresa a las fuerzas conservadoras que inicialmente habían apoyado al movimiento. Difícilmente se pueden subestimar las grandes novedades que trajo el Régimen fascista en Italia en la educación, la cultura popular, la organización política, la organización de la economía y la estructura misma del Estado. Después de 1925 -cuando comenzó a formarse el Estado totalitario- la vieja Italia liberal se volvió irreconocible. Mussolini, al proclamar las virtudes del modelo corporativo en 1933 (como la “tercera vía” entre capitalismo y socialismo), dijo claramente que el fascismo era una revolución social que, igual que la francesa de 1789, estaba transformando en lo profundo a la sociedad italiana:

“l’economia corporativa sorge nel momento storico determinato, quando [...] i due fenomeni concomitanti, capitalismo e socialismo, hanno già dato quello che potevano dare. Dall’uno e dall’altro ereditiamo quello che essi avevano di vitale. [...] Oggi noi facciamo nuovamente un passo decisivo sulla via della rivoluzione. [...] una rivoluzione [insomma], per essere grande, per dare una impronta profonda nella vita di un popolo nella storia, deve essere sociale. Se ficcate il viso nel profondo, voi vedete che la rivoluzione francese fu eminentemente sociale, perché demolì tutto quello che era rimasto del medioevo dai pedaggi alle corveé; sociale, perché provocó un vasto rivolgimento di tutto quello che era la distribuzione terriera della Francia [...]. Altrimenti tutti crederanno di aver fatto una rivoluzione. La rivoluzione é una cosa seria, non é una

21 Entre otros aspectos de la tradición revolucionaria, el fascismo adopta el fascio republicano (uno de los símbolos de la revolución francesa), el color negro (radical-anarquista), y la reforma del calendario que, como en la revolución francesa, marca los años en números romanos desde el “año cero”. En el caso fascista la nueva era comienza en 1922.

congiura di palazzo e non é nemmeno un mutamento di ministeri o l'ascesa di un partito che soppianti un'altro partito".²²

El cambio que trajo la revolución fascista fue tan profundo y radical, que -muy a pesar de Benedetto Croce, quien afirmó que el fascismo no fue más que un "paréntesis" de la historia- la estructura básica del Estado italiano creada durante el Régimen de Mussolini, persistió después de la guerra. Sobre todo los entes paraestatales que expresaban el nuevo intervencionismo del Estado en la economía como el AGIP²³ y el IRI²⁴ o en la cultura como Cinecittà²⁵ y el Festival Internacional del Cine de Venecia²⁶, entre otros. Sobrevivió la burocracia estatal, así como el asistencialismo público y el sindicalismo nacional asociado al Estado. También perduró, en la cultura política, el nuevo carácter de masas, simbólico y "visual" que adquirió permanentemente la política después de la experiencia fascista, y la centralidad de los partidos de masas (en la senda del *Partito Nazionale Fascista*), y cabe mencionar también el arquetipo del líder carismático (Mussolini), representado

22 "La economía corporativa surge en un momento histórico determinado [...] cuando los dos fenómenos paralelos, el capitalismo y el socialismo, ya dieron lo que pudieron dar. Del uno y del otro heredamos lo que ellos tenían de vital. [...] Hoy nosotros damos un paso decisivo en la senda de la revolución. [...] una revolución [pues], para ser grande, para imprimir una huella profunda en un pueblo en su historia, tiene que ser social. Si ustedes lo ven de cerca, verán que la revolución francesa fue eminentemente social, porque demolió todo lo que había quedado de la edad media, de los peajes a las fajinas; social, porque provocó un cambio radical de todo lo que era la distribución de la tierra en Francia [...]. De otra manera todos creerán que han hecho una revolución. La revolución es una cosa seria, no es un complot y no es tampoco una mutación de funcionarios o el ascenso de un partido que sustituya a otro partido", Mussolini, Benito. (15 de noviembre de 1933). "Discorso dello Stato corporativo". *Il Popolo d'Italia*.

23 *Azienda Generale Italiana Petroli*, fundada en 1926. Equivalente a la mexicana PEMEX, se encargaba del sector de hidrocarburos. Todavía existe hoy.

24 *Istituto per la Ricostruzione Industriale*, fundado en 1933. Fue el ente encargado de sostener el sector bancario e industrial para contrarrestar los efectos de la crisis mundial de 1929. Mediante el IRI, se llevó a cabo una nacionalización parcial de los bancos y de algunas grandes industrias mediante la participación estatal. El IRI sobrevivió hasta el año 2000.

25 La Hollywood italiana, inaugurada en 1937. Hasta hoy capital del cine italiano.

26 El festival de cine más importante del mundo en su tiempo, inaugurado en 1932.

en algunos aspectos aun hoy por Silvio Berlusconi. Tal vez fue profético Giuseppe Bottai cuando (1926) auguró a la revolución fascista volverse integral y permanente en el pueblo italiano:

“la Rivoluzione non é finita. Essa anzi, celebrandosi l’anno quarto del suo avvento, afferma il suo carattere di permanenza. Dall’immenso lavoro compiuto per creare il nuovo sistema, essa deve passare, decisamente, al lavoro da compiersi per ordinare entro quel sistema il popolo italiano [...] onde far sí che sistema politico e popolo formino un’unitá storica. [Dobbiamo...] far sí che il popolo, che ha “accettata” da una minoranza audace la Rivoluzione, la faccia sua, sua nel suo sangue e nel suo temperamento, nella sua storia e nel suo orgoglio”.²⁷

Conclusiones

Estudiar el fascismo nos lleva, en suma, a reflexionar sobre el concepto de revolución: estimula el debate y contribuye a esclarecer y delimitar la semántica del término, superando los viejos prejuicios y las fórmulas reduccionistas. Igual que otras revoluciones modernas, la revolución fascista se nos presenta hoy con sus luces y sombras, realizaciones y fracasos, tensiones ideales y desilusiones, que nos dejan conjunto de memorias heterogéneas y confusas, así como diversos y ambiguos son los legados materiales e inmateriales del fascismo.

Por sus enormes consecuencias históricas el fascismo -como sucede con la revolución francesa-, puede ser un terreno fértil o laboratorio privilegiado para el estudio de la historia contemporánea en general y para la especulación teórica. Me atrevo a decir que constituye, jun-

27 “La Revolución no ha terminado. Es más, al celebrarse el año cuarto de su advenimiento, afirma su carácter de permanencia. De la inmensa labor para crear al nuevo sistema, ella tiene que pasar, decididamente, a cumplir con la tarea de ordenar dentro de este sistema al pueblo italiano [...] para que el sistema político y el pueblo formen una sola unidad histórica. [Tenemos...] que hacer que el pueblo, que “aceptó” de una minoría audaz la Revolución, la haga suya en su sangre y en su temperamento, suya en su historia y su orgullo”, Bottai, Giuseppe. (1 de noviembre de 1926). “La rivoluzione permanente”, *Critica Fascista*.

to con la revolución francesa, el campo de estudios más interesante para estudiar la fenomenología revolucionaria y algunos aspectos fundamentales de la modernidad.²⁸ En efecto el fascismo marcó a tal punto la historia reciente, que es imposible pensar a nuestra realidad de hoy sin aquella experiencia. En palabras de George Mosse (1999: 1): “En nuestro siglo dos movimientos revolucionarios han dejado su marca en Europa; el que brotó originariamente del marxismo y la revolución fascista”. Para James Gregor (1999: 20) el fascismo, incluso: “Sirve como instancia paradigmática de revolución en el siglo XX”. Finalmente, pensar el fascismo nos puede ayudar a entender los rasgos esenciales del fenómeno revolucionario en su pluralidad de expresiones, facetas, paradojas y ambigüedades. Aunque no se manifieste ya hoy en las formas clásicas que conocemos, el fascismo sigue siendo un fenómeno de gran interés para comprender lo que ocurre en nuestro tiempo tan agitado y cambiante, donde aún se puede vislumbrar el fantasma de la revolución.

28 A pesar de que existe una extensa bibliografía científica sobre el tema (especialmente en inglés, francés, italiano y alemán), el fascismo como revolución no parece haberse integrado del todo en el debate general sobre el fenómeno revolucionario. En el mundo de habla hispana, incluso, esta literatura es poco conocida, lo que propicia la persistencia inercial de las viejas interpretaciones marxistas que asimilan el fascismo a una “dictadura de la burguesía” e incluyen en la definición las dictaduras militares. Estos errores interpretativos y perceptivos tienen una larga tradición, por ejemplo Mariátegui (quien estuvo en Italia de 1919 a 1922), escribió: “El fascismo no es un partido es un ejército. Es un ejército contrarrevolucionario, movilizadado contra la revolución proletaria [...] por los diversos grupos y clases conservadoras”, (12 de noviembre de 1921). “La paz interna y el fascismo”, *El Tiempo*. Lima.

Bibliografía

- Arendt, Annah. (1963). *On Revolution*. New York: Viking Press.
- Bobbio, Norberto, N. Matteucci y G. Pasquino (coords.). (2002). *Diccionario de Política*. México: Siglo XXI.
- Bracher, Karl Dietrich. (1983). *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*. Barcelona/ Caracas: Alfa.
- De Felice, Renzo. (1995). *Mussolini il fascista*. Torino: Einaudi.
- Eatwell, Roger, "Universal Fascism? Approaches and definitions", en Stein Ugelvik Larsen (ed.), *Fascism Outside Europe*, pp.15- 45.
- Furet, François. (1995). *El pasado de una ilusión*. México: FCE.
- Gentile, Emilio. (2004). *Fascismo. Historia e interpretación*. Madrid: Alianza.
- Gregor, James. (1999). *Phoenix: Fascism in Our Time*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- Griffin, R. (2000). "Revolution from the Right: Fascism", en Parker, David (ed.), *Revolutions and the Revolutionary Tradition in the West 1560-1991*. London: Routledge.
- Monnerot, Jules. (1969). *Sociologie de la Révolution*. Paris: Fayard.
- Larsen, Stein Ugelvik, "Was there Fascism outside Europe? Diffusion from Europe and domestic impulse", en *ibid.*, pp. 705-818.
- Mosse, George. (1999). *The Fascist Revolution. Toward a General Theory of Fascism*. New York: Howard Fertig.
- Savarino, Franco, (2010). "Una revolución sui generis. El fascismo italiano", en Pantoja, José, Alejandro Pinet, María Xóchitl Domínguez (coords.), *La Revolución Mexicana y las revoluciones modernas. Los historiadores y la historia para el siglo XXI*. México: ENAH, ENAH- Conaculta-AHCALC.
- Sternhell, Zeev / Mario Znajder / Maia Asheri. (1994). *El nacimiento de la ideología fascista*. Madrid: Siglo XXI.
- Vivarelli, Roberto. (March 1991). "Interpretations of the Origins of Fascism", *The Journal of Modern History*: vol. 63, n° 1. 29- 43.
- Weber, Eugen. (1976). "Revolution? Counter- revolution? What revolution" en Walter Laqueur (ed.), *Fascism. A Reader's Guide*. Harmondsworth: Penguin, 488- 531.